

tumbres. ¿Quién diría que hasta las herejías sirvieron para propagar la civilización? Los maniqueos penetran hasta en la India, el Tibet y la China, donde contribuyen á la aparición del último Budda y al establecimiento de la religión de los Lamas, que hoy cuenta con tantos adoradores como el cristianismo. Los nestorianos fundan en Edesa la primera universidad cristiana, desde la cual difunden las letras sirias por la Mesopotamia, Fenicia y Persia, y enseñan el uso de las vocales á los árabes, vertiendo á su idioma las obras griegas que la Europa recibirá despues por mediación de aquellos.

Los bárbaros destruyen el edificio de los siglos, y borran hasta el nombre del romano imperio. Aquella pasión de independencia que no sufre nada fijo, nada duradero, nada obligatorio, no podía cimentar convenientemente ninguna sociedad; por lo cual puede decirse que la misión de los bárbaros se limitaba á destruir; pero nótese que entre ellos se conservaba ileso el instinto de libertad, que en Roma habia sido sofocado por las instituciones.

Bárbaro era el hombre, más no tan corrompido como entre las gentes civilizadas que habian abusado de todas las doctrinas y de todos los gozes; ni su brutalidad era tan deshonrosa como la refinada disolución de Roma. Aquellos vigorosos caracteres que no sabian abedecer, sabian sin embargo sacrificarse, y conservaban además una chispa de aquel sentimiento de honor desconocido de la antigüedad, y del cual iba en lo sucesivo á valerle el cristianismo para formar la conciencia é instituir la obediencia racional. Por tanto los bárbaros regeneraban por medio de la fuerza las desencaminadas poblaciones, al paso que el amor inerme las asociaba; que si alguna vez aparece materialmente en la historia el orden visible de la Providencia, nunca campea con más claridad que en aquella época en que redundaron en provecho de la humanidad indecibles desventuras. Alzabase sobre aquel caos de sangre y de ruinas un espíritu superior á todas las vicisitudes; y al paso que los bárbaros extendian sus conquistas, venian ellos mismos á ser conquistados para la cruz, esto es, para la civilización; las naciones aventadas, digámoslo así, por la violencia de las armas, se reunian bajo

la influencia de la cosa más libre del mundo, el sentimiento religioso. Donde quiera que el signo de la católica unidad apareció impreso, el Asia perdió la esperanza de prevalecer sólidamente. El cisma religioso pareció consolidar la separación del Oriente y Occidente. Francia, Inglaterra, España, Alemania é Italia, fundaron los nuevos estados y sacaron de las regiones septentrionales un elemento desconocido del mundo asiático, la libertad personal que los vencidos supieron conquistarse, cuando pasado apenas el tumulto de la invasión les fué dado mirar cara á cara á sus vencedores.

Con los longobardos concluye aquella emigración de los pueblos septentrionales que duraba por espacio de siglos, y ellos mismos empezaron á rechazar las hordas guerreras, oponiéndoles los muros de nuevas ciudades bajo la tutela de la cruz. La civilización vencida ejerce su reacción sobre los vencedores civilizándolos. La conversión procedente del Mediodía marcha hácia el Septentrion, difundiendo entre las armas ideas de paz de orden y caridad, y enseñoreándose del poder por el medio más legítimo, la inteligencia.

Las ventajas producidas por la invasión de los pueblos del Norte, son visibles hasta para los más cortos de vista, comparando la desoladora monotonía y el lento agonizar del imperio de Oriente con la resucitada civilización de Europa, donde lo antiguo se mezcla y encuentra en disonancia con lo moderno. Aquí, las gracias y los defectos de una sociedad de inexperta infancia, figuran al lado de las ventajas de una generación adulta; los ánimos son ingenuos, pero los afectos profundos; contrahechas y hasta monstruosas las formas, pero preciosos los conceptos; sumisos y religiosos los corazones, más no por eso menos fuertes é inflexibles los caracteres; la ignorancia anda confundida con la pedantería y con el talento, y la grosería con las emociones tiernas. Ya vagaban en los ánimos las ideas de los tiempos pasados, pero causaban un inquieto temor como las inspiraciones internas que no hallan medio de manifestarse; de aquí provinieron aquel fondo de melancolía predominante, las habituales imágenes de la muerte, los repetidos temores del fin del mundo, aquellas sublimes locuras, aquellas virtudes nuevas, y los

tres hechos culminantes de la época, á saber; la expiación religiosa, la opresión y la resistencia, que al fin triunfó é hizo que el Occidente se lanzara vigoroso á la conquista de la moderna civilización.

El Mediodía prepara con Mahoma una reacción terrible. El poeta árabe, guerrero sin generosidad, profeta sin milagros, ostentando entre ruinas una religión sin misterios, un culto sin sacerdocio, una moral fundada en los deleites, una misión sin más redenciones que el exterminio, sacrificó más víctimas humanas que todas las antiguas creencias. El islamismo comienza por una tribu, y de allí á medio siglo habia sometido por la fuerza cuanto se comprende entre el Tigris y el Eufrates, la Siria, la Palestina hasta el Mediterráneo, y las fronteras del Asia Menor hasta el Tauro; poco despues se dilata por las costas de Africa, y amenaza á un mismo tiempo la Persia y la España, la India y el imperio de Bizancio; ni dejará la cimitarra hasta que enbotada trate en vano de darle nuevo temple con la civilización europea.

Es aquella misma raza que vimos sucumbir con Cartago: es la misma lucha renovada bajo el aspecto de dos religiones: es otra emigración, pero no lleva en pos de sí la libertad como la septentrional, ni humillará, como ésta, sus armas al encontrarse en frente de la cruz: antes por el contrario, lo que desea es anondar la florida civilización del Occidente, y establecer el despotismo en las cosas temporales y espirituales y la esclavitud y la humillación de la mujer. Africa y Asia pierden entonces cuanto habian adquirido de Europa; más por fortuna el pendon del islamismo tropieza en Oriente con los muros de Constantinopla y en el Occidente con la francisca (1) de Carlos Martel y la tizona del Cid.

Los eclesiásticos, ejerciendo el duplicado sacerdocio de la religión y de la justicia civil, administrando ésta con solemnidad, sancionándola con premios invisibles, y emancipándola de la mera fuerza, fundaron una sociedad libre. Cuando un emperador intentó encadenar las creencias, los pontífices salvaron á la Italia del yugo oriental; de sus contestaciones con los

(1) Hacha de dos filos usada por los guerreros de la edad media.

longobardos salió consolidado su poder; y despues para dar al mundo la unidad política, así como ya le habian dado la religiosa renovaron el imperio de Occidente en príncipes, que siendo libremente elegidos, representaban la república cristiana. El primero de éstos es Carlo Magno, que de los despojos de veinte reinos bárbaros forma una vasta monarquía, y que á la manera del grande Alfredo procura organizar sus nuevos Estados con arreglo á las ideas religiosas, pacificando, restableciendo el dominio de las leyes y del pensamiento recomponiendo los tres elementos de la libertad septentrional con sus garantías, de las tradiciones romanas con su administración y literatura, y de la Iglesia con su moralidad y su gerarquía, y consolidando el terreno para edificar sobre él una nueva civilización. Aunque velada por los exteriores acontecimientos, bien se echa de ver esta civilización en Europa al contemplar como se reanudaron las tradiciones de las ciencias y de los gobiernos, y como el antiguo espíritu de invasión se fué transformando en espíritu de influencia moral é intelectual.

En tanto que los Arabes, cual torrente suspendido amenazan á cada instante con nuevas devastaciones, el Norte y el Oriente envían enjambres de soldados que en naves de corsarios ó en caballos tártaros turban el perezoso sueño de los sucesores de Carlo-Magno. No tardarán empero los Normandos en trocar las correrías en conquistas fundando reinos poderosos; los Madgiares son enfrenados por Oton el grande; y con los Rusos, Polacos y Suecos, conquistados para el Cristianismo, se forma una barrera contra el Oriente al mismo tiempo que el heroísmo español rechaza á los meridionales.

Hoy que los Estados ya adultos se regulan por las opiniones, no es fácil comprender la naturaleza de aquellos que se regian por sentimientos, ni el orden compacto que entre la aparente anarquía dominaba. Esta unidad, necesaria para oponerse á las discordias intestinas y á las invasiones, se manifestaba visiblemente en la persona del emperador, suprema autoridad protectora, fundada en la universalidad de las creencias, escogida de entre sus iguales y atemperada por ellos, derivada de Dios y tributando homenaje á su vicario en la tierra. Una clase de dominio establecido de este modo ex-

cluye la tiranía de un déspota ó de una facción; subordinada la fórmula y la letra muerta al espíritu, á la intencien y al carácter personal, y esta armonía entre el poder espiritual y el temporal ha sido asaz desventajosamente suplida con el equilibrio dinámico. Creíase el emperador destinado á defender la cristiandad con el generoso entusiasmo de un caballero; y si los pontífices se mezclaban en los asuntos temporales, allí estaba él para contenerlos en su deber. A su vez los pontífices, representando al pueblo, y siendo elegidos entre él y por él, ungian en su nombre y en el de Dios á los emperadores; vigilaban el cumplimiento de los pactos; daban la voz de alerta á la cristiandad siempre que veían la constitucion violada; no dejaban pasar inobservada lesión alguna de la moralidad ó de la justicia, y amenazaban á los criminales obstinados, de cualquiera condicion que fuesen, con separarlos de la comunión de los fieles; pena moral, cuya fuerza demuestra que expresaba el público voto de la justicia.

A la grande unidad cristiana debe atribuirse tambien el que tantos pueblos se movieran como un sólo hombre, no conociendo más razon que la expresada en su grito de guerra: *Dios lo quiere*. La imaginacion queda absorta al contemplar el heroico entusiasmo, la profundidad de sentimiento, la milagrosa lozanía de voluntad, si bien desprovista de calma y de prudencia, que acompañaron á aquella gran reaccion del Occidente contra el Oriente, que con más ó ménos ardor y desinterés continuó hasta la toma de Rodas, haciéndose permanente y organizándose en tropas de guerreros religiosos consagrados á libertar la España, defender la Europa del Asia y conquistar el Septentrion.

En medio de aquel movimiento, los ánimos guerreros de Occidente aspiraron á objetos mas sublimes: viendo la Europa la civilizacion griega y mahometana, perfeccionó la suya; el feudalismo, que ya habia producido buen fruto devolviendo la poblacion á las campiñas, desarrollando en el aislamiento los efectos domésticos, honrando á la mujer, y devolviendo al individuo el sentimiento de personalidad, tan débil entre los antiguos griegos y romanos, comenzó á flaquear cuando los proletarios se agruparon en torno de los opulentos barones, vi-

viendo con ellos y aprendiendo á obedecer. Muchos de éstos empeñaron sus feudos, otros los dejaron vacantes muriendo en Ultramar y dando de este modo preponderancia á la auctoridad régia ó á los municipios, y la plebe compartió sus trabajos, peligros, y afectos con sus señores, ó permaneciendo en su patria cobró bríos en la ausencia de éstos, y miró con envidiosa emulacion las repúblicas marítimas que habian extendido el comercio harta las más ricas comarcas del Asia.

Antes de criticar al clero, fijemos la atencion en lo que era la plebe de entonces, madre del pueblo actual. Antes de vilipendiar á la Edad media, preciso es borrar de sus fastos á Carlo-Magno y Alfredo, Gregorio Magno y San Luis; Estéban de Hungría y Oton el Grande, Godofredo y Federico II, Santo Tomás y Rogerio Bacon. Quien se burle del frenesí religioso de las cruzadas, no se lamenta al ver que todavía ondea sobre el harem y sobre los mercados humanos el pendon de la media luna en la más hermosa ciudad del universo.

Ya ha pasado el tiempo en que sólo los príncipes aparecian en la escena; ya empieza á figurar en ella el pueblo. La plebe de Roma, que si bien habia conquistado sus derechos naturales era todavía sierva del terruño, adquiere en esta época la facultad de trasladarse y fijarse donde más le acomode y tambien la de elegir señor. Entre las maquinaciones, ya clandestinas, ya manifiestas, con que los príncipes propenden á convertir la primacía feudal en prerrogativas régias y los barones á conservar la independencia y convertir el dominio político en real y particular; entre las discordias de los conquistadores, los vencidos levantan su cabeza; con la conciencia de su propia dignidad se elevan á la de su propia grandeza; y habiendo en aquellas discusiones, en aquellos libros restituidos á la luz, y en aquellas no borradas memorias, aprendido el nombre de Derecho, aspiran á conservar y recobrar leyes, union y posesiones. Entonces se complica la lucha entre el feudalismo, la Iglesia, el imperio y los municipios; por primera vez desde que el mundo existe se piensa en los campesinos; se da á todos capacidad política y manumision á los esclavos; aparece con claridad la idea de las libertades civiles; se prepara la tumba á los

privilegios; la cuna del pueblo y la potestad régia se robustecen con la formacion de una clase media, y la Europa, que los bárbaros en su inundacion hallaron dividida á lo oriental en dueños y siervos, no contará en lo sucesivo mas que una clase, la de hombres. Entre tanto, merced al espíritu caballeresco, brillante amalgama del caracter meridional y septentrional, de los sarracenos y los normandos, el valor pierde su ferocidad y se hace humano y generoso: la resucitada jurisprudencia romana restaura el derecho en el puesto que le habia usurpado la violencia: una arquitectura original edifica por todas partes palacios para el pueblo y catedrales para la divinidad: los idiomas teniendo que tratar de los intereses de la patria, salen de la infancia: el provenzal sirve de eslabon entre las lenguas clásicas antiguas y modernas; el italiano se desarrolla procediendo del latín vulgar; el francés mezcla el latín con el céltico, alemán, picardo, normando y valon; el español lo combina magníficamente con el árabe y el gótico, y de este último y del escandinavo salen el alemán, el holandés, el flamenco, el danés y el sueco; finalmente, el sajón, fecundado por el normando, engendra el inglés moderno. Los idiomas se convierten en distintivo de las naciones y dan diverso matiz á la cultura europea segun su derivacion del latín, del teutónico ó del eslavo. En nuevas lenguas y con formas fantásticas y originales se oyen desde entonces cantar la religion, las empresas marciales y el amor, mientras que el Oriente sigue guardando en depósito la muerta erudicion y los materiales escritos, sin saber sacar de ellos una sola chispa.

Entre las repúblicas italianas extienden el comercio desde el Euxino hasta el Atlántico, desde el golfo Arábigo al Báltico, cooperando vigorosamente á la civilizacion por medio de las relaciones entre diversos Estados establecidas sobre el mútuo interés, la emulacion en la industria y la honrada actividad. Propágase la civilizacion á la Escandinavia, y un órden religioso va á preparar el campo en las playas del Báltico á una poderosa monarquía. A orillas del mar y de los rios se forman ligas de comercio, entre los Alpes de la Helvecia, alianzas de pueblos, y en Francia é Inglaterra los mercaderes y los plebeyos consiguen ocupar

los escaños del parlamento al lado de los reyes y de los barones.

Mas la lucha entre los Gúelfos y Gibelinos afloja el lazo político y religioso de las naciones. En vano triunfará unas veces la liga lombarda, y otras la casa de Suabia, dinastía la más poderosa en la edad media: aquellos partidos deberán sobrevivir hasta nuestros dias representando el uno á los que se muestran muy aficionados á las novedades, y el otro á los que confían sobradamente en los tiempos pasados. El Asia, como en venganza, nos envía el maniqueismo y la filosofía escolástica que con la forma de las disputas á lo griego y con las embrolladas sutilezas turba la majestad de Platon y de los filósofos occidentales; é intentando poner de acuerdo el racionalismo aristotélico con el dogma, siembra las semillas de las herejías que desde Arnaldo de Brescia hasta Lutero andan afanándose por sustituir el individualismo á la unidad católica.

Tambien con las armas triunfa por algun tiempo el Oriente, cuando para regenerar á los afeminados árabes se presentan los septentrionales, bajan de la Bukaria los Samanidas, de la Hircania los Buidas, que restablecen el trono de Persia y de la Armenia, los Sofis, cuando los Turcos pasan desde el Indo al Nilo, y los Curdos, descendientes de los antiguos Caldeos, dan origen á Saladino, el héroe mas puro del islamismo, cuando Jerusalem es recobrada por los Mahometanos y la Europa se ve amenazada por la media luna. Por otra parte, Gengiskan vibra sus dardos homicidas desde el centro de la Tartaria sobre el Ganges y el Cáucaso, el mar Amarillo y el Dnieper; subyuga la Rusia, devasta la Polonia y la Hungría, y la cristiandad espera temblando que una nueva invasion venga á echar por tierra los adelantos que tanto afan le han costado. Afortunadamente la tormenta va á estallar sobre los dominios de los Selyúcidas y sobre el califato de Bagdad; y si Gengiskan convierte en un desierto el espacio que media entre el mar Caspio y el Indo, contribuye tambien por otro lado á la civilizacion, reuniendo en un poderoso ejército las hordas que continuamente se andaban hostilizando y conduciéndolo contra el comun enemigo, en tanto que otras hordas musulmanas se unen para resistirlo. Pero al asolar la Tran-

soxiana derriba la barrera del Asia occidental, por donde no tarda Tamerlan en franquearse el paso hallando los cadáveres de los Caremitas. También el poder religioso, cuando el nieto de Gengis da muerte al último califa, pierde allí la unidad descomponiéndose en dos sectas enemigas, una con los sofis de Persia, y otra con los futuros señores de Constantinopla.

Entre tanto por obedecer al pontífice, unos pobres frailes sin mas conocimientos que los adquiridos en su humilde claustro, atraviesan países de cuyos nombres nadie tiene noticia; llegan á la tienda de campaña del emperador tártaro, y entre los verdugos de que lo ven rodeado le intiman que dé treguas á su barbarie y se haga cristiano: primera palabra de verdad que resuena entre aquellos bárbaros. Otras personas caminan por la senda que acaban de abrir los misioneros, pero con distintas intenciones: Marco Polo halla por la Armenia y la Persia el camino de la China y prepara el atrevido viaje de Cristóbal Colon.

El imperio, luchando con la tiara, intenta robar á ésta su esplendor, mas pierde el suyo propio; y si bien despues del grande interregno viene á parar á manos de uno de los mas dignos personajes (Rodulfo de Habsburgo), su influencia se concreta solo á la Alemania, y sus contiendas con Roma no versan ya sobre la esencia del derecho, sino sobre una política limitada. Los mismos papas, desde Bonifacio VIII, olvidan su sublime mision política, y la traslacion de la Sede á Aviñon marca la decadencia moral de su poder. El gran cisma de Occidente mantiene en efervescencia los ánimos y produce confusion é incertidumbre en la vida y en el órden público. Bien se conocen los efectos de la desunion en la preponderancia que el Asia va tomando. Una horda de Turcos, que dos siglos antes se ha puesto en movimiento desde las orillas del Caspio, quitando á los Mamelucos el Egipto, á los Griegos sus provincias una por una, y amenazando á Bizancio, llega al fin á sentarse en el trono de los Constantinos, subyuga la Grecia, y amenaza á la Europa.

Desde la humillada Constantinopla cae sobre Europa una invasion de nuevo género: hablamos de aquella turba de doctos, que no con-

tentándose con la santa empresa de restituir á su verdadero valor los fragmentos de la antigua erudicion, salvados del naufragio de los bárbaros, quieren limitar el talento á los trillados senderos de las artes y la literatura antigua; coartan la originalidad reduciéndola á mera imitacion; introducen el espíritu del paganismo y de la argumentacion, no solamente en los estudios, sino en la historia, las costumbres y la política, y con los atractivos de una belleza convencional hacen olvidar todo lo justo y santo.

Entonces la consolidacion de las monarquías, la regularizacion de los tributos y los ejércitos permanentes mudan la razon de los gobiernos; la política, limitada hasta entonces á recoger dinero, aprende de Fernando el Católico, de Luis XI y de Enrique VII, á extender la autoridad régia sobre todo un territorio y á cada una de las partes de la administracion; la imprenta, continúa excitadora de las convicciones, asegura para siempre las conquistas del talento, mientras que las armas de fuego contribuyen á que sean ménos temibles las invasiones y correrías, por medio de las cuales Tamerlan y los otomanos habian venido á cubrir de victorias y de desolacion todo el Oriente.

Poniéndose entonces en movimiento la civilizacion en busca de nuevas naciones, rompe las columnas de Hércules, y con Vasco de Gama vuelve á acercarse á su cuna, en tanto que con Cristóbal Colon va á plantar la cruz entre los antipodas. Aquí se renuevan los portentos de las primeras conquistas asiáticas; como en aquellas, el vencedor se apodera del suelo, y para asegurar su posesion extermina á los habitantes. ¡Cuán grandes son los nombres de Colon, Américo, Pizarro, Cortés, Vasco y Alburquerque, aventureros convertidos en héroes! Caen los imperios de Motezuma y de los Incas, testigos ó herederos de los primitivos tiempos; la benéfica naturaleza ofrece un nuevo mundo, y el hombre lo convierte en teatro de extraordinarios acontecimientos, inaugurando una historia de aventuras en los descubrimientos, de sanguinaria codicia en las conquistas, de caridad en las misiones.

El mérito de Colon no consiste tan sólo en haber descubierto un nuevo mundo, merced á una ilusion de su fantasía, como en el pensa-

miento de convertir en marítimo el comercio terrestre, que habia permanecido casi inalterable por toda la antigüedad y de circunstancia el nuevo mundo. En efecto, el Asia sufre entonces la mayor revolucion en el cambio de direccion de sus mercaderías; si bien conserva aún en parte el comercio interior, hasta que lo destruyen radicalmente el despotismo turco, la anarquía del imperio persa y las devastaciones de los afganes y los maratás en la India septentrional. En Europa, el engrandecimiento de las potencias marítimas evita que dependa la superioridad del número, como sucedia cuando las guerras se decidian con sólo las fuerzas de tierra; y el Occidente conquista una absoluta importancia, á la cual no llegan ni con mucho los tres grandes imperios de los sofis en la Persia, de los mogoles en la India y de los chinos.

Estas naciones vuelven á presentarse en el campo de la civilizacion para cultivarlo en lo sucesivo de acuerdo con los europeos; y la América queda destinada á ser el anillo entre nuestra civilizacion, que siempre va ganando terreno hácia el Occidente, y la oriental que va desarrollándose poco á poco en sentido opuesto, hasta que se vuelvan á encontrar en el Nuevo-Mundo para encaminarse á una cultura mútua y fraternal.

Cárlos V intenta hacer revivir el pensamiento de un imperio cristiano, y lleva la cruz á desterrar la barbarie de las playas africanas. Aun quedan en la nueva edad las huellas de la edad media; el municipio, los señoríos, el rey y los jefes de partidas, respiran la antigua atmósfera; la Italia, combinando en las bellas artes y la literatura la fecundidad nacional con la imitacion de lo antiguo, produce otro de los célebres siglos de oro, y la palabra virtud, que entre los primeros romanos era sinónimo de valor, es en esta época la expresion que significa el mérito en las artes de recreo. Pero la muerte de Cárlos el Temerario, la lucha entre Francia y Austria, el saqueo de Roma por los católicos, y Francisco I, último de los caballeros que en Pavia «pierde todo ménos el honor», anuncian una era de positivismo, de cálculo, de razon y de protexta.

Mal se encubre la corrupcion profunda con el esplendor de las artes y de las conquistas. La Italia sigue pintando y cantando mientras

está á punto de perder su independendencia, como los habitantes de Pompeya corrian al teatro momentos antes de sepultarse la ciudad; la depravacion penetra en el santuario, en los gabinetes y en las familias; la idolatría resuena en el canto de los poetas y en el estudio de los artistas, y la corrupcion halla también cabida en el poder espiritual, que al perder el conocimiento de sus deberes, pierde igualmente la confianza de las naciones. ¡Qué magnífica empresa para un reformador que hubiese sido capaz de volver á traer al terreno de la verdad y de la luz las ideas prácticas tan enmarañadas, y desenredar las intrincadas relaciones eclesiásticas y seculares, políticas y religiosas! Pero Lutero, sin tener todas las altas cualidades que se requieren en un reformador, se lanza á la ventura á provocar una revolucion. Desde entonces queda irreparablemente rota la unidad de las ideas; el protestantismo no influye solamente en el dogma y la disciplina, sino que se insinúa, ya descubiertamente, ya con perfidia, por todas partes, germinando en las letras, en el Estado, en las costumbres, en la filosofía y en la ciencia, y dejando en herencia al porvenir esta division, que todavía malquista á los hombres poniéndolos en los opuestos bandos del egoismo y de la universalidad, de la conservacion y del progreso, de la discordia y de la armonía, y de que no cesará hasta que una inmensa efusion de doctrina empuje de nuevo á la sociedad hácia la verdadera fuente de la luz y de la paz.

Demasiado conocidas son las miserias de aquella pomposa barbarie, cuando el fanatismo y la intolerancia subvierten no ménos los reinos que las familias, cuando la inquisicion, Calvino y Enrique VIII se dan prisa á encender hogueras y erigir cadalsos. Entonces las artes ven enturbiadas las fuentes más puras de lo bello; la literatura se convierte en polémica; hasta la verdadera ciencia queda reprimida por temor de los excesos; una guerra de las más largas y homicidas devasta el corazón de Europa, y la Alemania, el Estado más floreciente de la edad media, se ve conducida irreparablemente hácia su ruina por la estrella de Waldstein y los cañones de Gustavo Adolfo. Desángráanse los pueblos buscando lejanos dominios, y las suntuosas miserias españolas, insinuán-